



## ANTONIO MACHADO Y SU POESÍA A CASTILLA, LA TIERRA “DONDE LAS ROCAS SUEÑAN”

EN EL CENTENARIO DE LA GENERACIÓN DEL NOVENTAYOCHO 1898-1998

Gilda Pandolfi Setti

### RESUMEN:

*Campos de Castilla de Antonio Machado consta como la gran expresión poética del alma de Castilla, tema en el que se esencializa el alma de España buscada por los noventayochistas, en aquel viaje metafísico al interior espiritual de ella en busca de su esencia, desde cuyas fuentes debía nacer la nueva España, que en el fondo, será siempre la España eterna de los grandes sueños, heroica y mística, por eso, tierra “en donde las rocas sueñan”.*

*En sus poemas se expresa el encuentro del alma esencial del poeta con el alma esencial de Castilla, como visión a través del paisaje, en la que busca revelar el alma de España inmanente en las líneas y formas de su apariencia externa, y en la que en sucesivas actitudes poéticas, desde la contemplación al entrañamiento, el poeta “encuentra patria donde corre el Duero”, máxima expresión del triunfo de las fuerzas del alma castellana, cuyas “tierras de ceniza”, desnudas y agrias, que hablan desde su alma en vuelo, hacen olvidar “sus verdes limonares” andaluces que, desde sus perfumes y colores, belleza más fácil, hablan a los sentidos.*

### ABSTRACT:

*Campos de Castilla, by Antonio Machado, represents the great poetic expression of the soul of Castilla. The topic symbolizes the soul of Spain sought after by the so-called ‘noventayochistas’ in their metaphysical journey in search of the essence from which the new Spain was to be born. Basically, this will always be the eternal Spain made up of dreams, heroic and mystical, the land where ‘rocks dream’.*

*The poems express the encounter of the essential soul of the poet with that of Spain. They endeavour to reveal the soul of immanent Spain through the lines and shapes of their external appearance. In successive poetic attitudes, from contemplation to intimacy, the poet ‘finds his mother country where the Duero flows’, the utmost expression of victory of the Castillian soul, whose ‘ashen lands’, bare and sour, make one forget about ‘its green Andalusian lemon groves’ which speak to the senses with their scent and colour.*

**L**a Generación del noventay ocho, cumple en la literatura española, con ese instante estelar que a veces el destino le concede a la historia de la poesía y de la belleza. Sus integrantes, Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Machado, son concitados por su momento histórico de crisis nacional, 1898, al que se suma la honda crisis del siglo XX, como momento de pérdida de las seguridades y certezas que hasta entonces habían sostenido la concepción que el hombre tenía de Dios, del universo y del propio destino humano. Pero, los hombres del noventay ocho, trascienden la preocupación inicial por los aspectos

materiales y concretos de su mundo en crisis, y el grito rector de Unamuno ¡Adentro!, revierte la dirección de su preocupación en un vuelo metafísico.

España se abre a su sensibilidad y percepción como una pregunta por su ser. La cuestión histórica se transforma en cuestión filosófica y la indagación de causas, en un viaje metafísico al interior del alma de España en busca de su ser esencial.

En su búsqueda, España se les ofrece como un gran camino a recorrer, pero son imantados por Castilla. Su belleza intensa, desnuda y sobria, que no resplandece, luz hacia fuera, mostrándose para ser admirada, sino, que ilumina, luz hacia dentro, el misterio de su interioridad de significación trascendida, toca el alma esencial de los noventayochistas.

El alma buscada surge en Castilla, en los tesoros remanentes de su pasado y tradición, en sus pueblos señoriales y olvidados, en sus plazas y fuentes recoletas, en sus casas hidalgas, en los claustros silentes y místicos de sus monasterios, en los patios de guijarros y en los muros blancos de los huertos que terminan en el campo sobre la línea lejana del horizonte, pero, sobre todo, se muestra en el paisaje adusto de Castilla, de su tierra en "donde las rocas sueñan".

Castilla tiene un espacio privilegiado en la poesía española y un poeta de excepción que la canta con dolor y amor: Antonio Machado.

El modo de hacerse forma poética su alma, toma en Antonio Machado un tono de gran señorío, reservado y silencioso, que expresa su emoción en formas contenidas, exactas, lineales. Dolor contenido, emoción reservada, de intensidad colmada que no rompe jamás en llanto ni en tragedia: Serenidad castellana.

Por eso pues, sus imágenes del camino y galerías interiores, son motivos recurrentes de su poesía, en donde busca "conversar con el hombre que siempre va conmigo", en los que evoca un amor más soñado que vivido, desde los que vaga buscando un yo que se le escapa, desde donde entra en pos de las respuestas sobre los grandes temas de la vida: la muerte, el tiempo que fluye inexorable, Dios al que espera escuchar desde el silencio, y que constituyen su reflexión grave, jamás su tragedia.

En los poemas de Campos de Castilla su inspiración se ensancha; sale del claustro de sí mismo, caminos interiores que había alimentado su poesía de "*Soledades, galerías y otros poemas*", y se vacía a un mundo exterior, pero igualmente transido de su alma esencial, de su vibración personal que lo penetra todo: las realidades, las ideas, la historia, los hombres, aunque el conjunto principal de poemas, está consagrado al paisaje de Castilla.

Castilla se asoma a su contemplación desde sus líneas desnudas y catedralicias, sus formas contenidas e intensas de perfecto poema castellano, en las que busca revelar, sobre todo, el alma de España inmanente en las líneas y formas de su apariencia externa.

Pisando sus desoladas planicies, sus desnudas roquedas, trepando hasta las cimas, contemplando al Duero correr, el poeta llega a plenitud de vida y de palabra, en el sublime encuentro de su alma esencial con el alma esencial de Castilla.

Lo esencial de su inspiración ha brotado, ante todo, del alma de la meseta, de las tierras altas, la "tierra de ceniza" que abraza el Duero. El poeta se adentra en ella, pisa su tierra y hierbas montaraces, camina sus senderos de duros pegujales, penetra carnalmente en el paisaje y frente a él, su alma está como ante el misterio de Dios, en una actitud de escucha:

*Ni duerme, ni sueña  
mira, los claros ojos abiertos  
señas lejanas y escucha  
a orillas del gran silencio*

tensa el alma, alerta los sentidos, en espera de la revelación que está más allá de la materia.

En el Prefacio escrito para la reedición de Campos de Castilla en 1917, dice Machado que muchas composiciones de su libro obedecen “a una preocupación patriótica”, otras, añade, “al simple amor a la naturaleza, que en mí, supera infinitamente al del arte”. Este amor a la naturaleza, que tan categóricamente declara el poeta, aparece en plenitud en *Campos de Castilla*. Muchos poemas son recuerdos de excursiones y paseos realizados (*A orillas del Duero* XCVIII), otros son evocaciones nostálgicas de Soria y sus campos desde lejos (*Recuerdos* CXVI), (*A Palacios, buen amigo* CXXVI), algún poema recoge la emoción ante un motivo del paisaje. (*A un olmo seco* CXV), (*Eres tú Guadarrama, viejo amigo* CIV), otros, reviven la emoción del reencuentro con un paisaje amado (*Campos de Soria* CXIII).

En Campos de Castilla el poeta recoge, “cinco años en la tierra de Soria, hoy para mi sagrada, [que] orientan mis ojos hacia lo esencial castellano”. Paisajes y cuadros, reales, vivos, son evocados; Soria, antes que nada, y los campos que la rodean; las tierras “por donde traza el Duero su curva de ballesta en torno a Soria”, las estribaciones del Urbión, el “padre río”, Duero. Sólo Soria es motivo de su poesía, ninguna otra ciudad es cantada, nombrados solamente algunos puntos de los confines que contienen sus pasos, “entre Almazán y Quintana”, “Entre San Polo y San Saturio”.

Es este contacto directo, carnal, nunca literario, esta experiencia vivida con toda la plenitud de su ser, alerta su alma y sus sentidos despiertos, quienes son fuentes manantiales de la inspiración del poeta.

Si bien Castilla es tema privilegiado para la Generación del Noventayocho, para Antonio Machado es un tema encardinado a su destino personal. Soria, sagrada para él, ocupa un lugar privilegiado en su alma; en ella y el paisaje que la rodea encuentra plenitud su vida, en el encuentro con el amor, siempre soñado y anhelado, como en el encuentro con el alma esencial de España.

Canta a Soria y al paisaje de sus “tierras de cenizas” en poemas claves que son revelación metafísica de su ser trascendente; que son revelación de su propia alma vertida en el paisaje, melancolía, dolor, búsqueda incesante a la orilla del misterio.

De una actitud mezcla de reflexión y ensueño, de interioridad y mirada hacia fuera, nace el encuentro poético de Antonio Machado con el paisaje de las tierras altas de Castilla, que se produce en realidad, en el viaje que realiza a Soria en 1907, previo a su establecimiento en la ciudad y que es cantado por vez primera, en el poema *Orillas del Duero IX* de *Soledades, galerías y otros poemas*.

Está dedicado al paisaje de las orillas del Duero, desnudo y a la vez, transparente de luz y azul, pero es la Soria de piedra, mística y señorial, “campanario y caserón solitario”, la que cautiva ya su alma y a la que canta en el primer verso:

*Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario  
Girando en torno a la torre y al caserón solitario.*

Después, el poema recoge en unas mínimas pinceladas, "la tibia mañana", "la pobre tierra soriana", "los chopos del camino blanco", "los álamos de la ribera", la "primavera se ve brotar", "el Duero terso y mudo". Están ya presentes, en el breve y hermosísimo cuadro, casi todos los elementos que van a componer los poemas de Machado dedicados al paisaje castellano.

Igualmente, están ya presentes en Orillas del Duero IX, el tono terso y limpio de su voz poética que discurre fluyente como agua de vertiente, sin excesos ni menguas; el tono de embeleso frente a la belleza del paisaje que le arranca emocionada exclamación:

*¡Hermosa tierra de España!*

Están también, ya presentes, su paleta de colores, ¡el azul! Machadiano con que siempre pintará el cielo, el frío del crudo invierno, la tibieza de una primavera siempre vaga y los motivos humildes y pequeños, nunca exuberantes, que se ven florecer en sus poemas:

*Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido  
azul blanca ¡Belleza del campo apenas florido,  
y mística primavera!*

Del poema, emana ese su don poético, de revelar el ser trascendente que está bajo la apariencia inmanente de las cosas: exaltación mística de Castilla, encarnada en la pobre primavera soriana, hecha de desnudez y luz, espíritu puro.

El alma castellana se va desplegando en Campos de Castilla, de poema en poema, y desde diversas actitudes del poeta, contemplación, vivencia, entrañamiento, despedida, evocación, se va abriendo el ser interior del paisaje desde su misterio hacia la revelación.

En el poema *A orillas del Duero XCVII*, el poeta entra al paisaje:

*Yo solo, por las quebradas del pedregal subía.*

En un hermoso día de mediados de Julio, "buscando los recodos de sombra lentamente", el poeta asciende la montaña. Se esmera en los detalles vivos de su ascensión: "apoyado en un bastón a guisa de pastoril cayado", "hollando las hierbas montaraces de fuerte olor –romero, tomillo, salvia, espliego", en medio de "agrios campos", castigado por "un sol de fuego".

El poeta no contempla el paisaje, lo vive y experimenta; tampoco se hace en él tema libresco o literario, sino vivencia, de la que nace la intensa sensación de verdad que impregna sus poemas. Sus ojos registran las líneas y perfiles del monte "alto y agudo" y "una redonda loma cual recamado escudo", el color siempre azul del cielo, la desnudez de las serrezuelas calvas, "la curva del Duero en forma de ballesta en torno a Soria"; siente los olores silvestres; su corazón acoge la tristeza de los altos llanos y roquedas, y su alma penetra el alma del paisaje.

La costra reseca de la tierra, sus cumbres desnudas y hierbas montaraces, van bocetando el cuerpo castellano por el que hace cruzar al Duero en la precisa "corva ballesta de un arquero en torno a Soria". El paisaje recoge el cuerpo y el alma de Castilla, el que en su apariencia desnuda y adusta, se hace imagen del interior heroico de sus entrañas, exaltada en una secuencia de imágenes épicas de resonancias también fuertes y duras.

*una redonda loma cual recamado escudo*

.....

*Y cárdenos alcores sobre la parda tierra*

*–harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra–*

.....  
*por donde tuerce el Duero  
 para formar la corva ballesta de un arquero*  
 .....  
*Soria es una barbacana  
 hacia Aragón, que tiene la torre Castellana.*

Y en medio del escenario cerrado por colinas/obscuras, coronadas de robles y de encinas;/ desnudos peñascales,/ estallan dos versos magníficos en que “el padre río”, como linfa y sangre, atraviesa el cuerpo sagrado de Iberia y de Castilla y plenifica la significación heroica del poema.

*El Duero cruza el corazón de roble  
 de Iberia y de Castilla.*

En Orillas del Duero CII, Machado canta nuevamente a las tierras altas de Soria, poema que recoge su emocionada exaltación épica y ascética, que hace a Castilla indiferente a la muerte.

El poeta contempla el paisaje con embeleso y serenidad. ¡Es primavera en Soria! y él la canta:

*¡Primavera soriana, primavera!*

Una primavera apenas insinuada en los motivos humildes y pequeños de los paisajes machadianos: diminutos pejugales/ de tierra dura y fría,/ donde apuntan centenos y trigales/. De pronto, surge el desolado escenario de la tierra de Soria:

*Y otra vez roca y roca, pedregales  
 desnudos y pelados serrijones,  
 la tierra de las águilas caudales  
 malezas y jarales,  
 hierbas monteses, zarzas y cambrones.*

Y ante la visión de su “tierra ingrata y fuerte, ¡tierra mía!/ ¡Castilla, tus decrepitos ciudades/ ¡La agria melancolía/ que puebla tus sombrías soledades!/, el corazón del poeta tiembla en doloroso desgarró, y la imagen real y física del paisaje, se transfigura en la imagen del alma del paisaje.

La palabra poética se llena de nombres, que al nombrar crea el ser de las cosas y esencializa el significado. Sus rocas duras, hirientes, su desnudez sin llamado a los sentidos, “hierbas monteses, zarzas y cambrones”, son imágenes sensibles de la Castilla que él eleva en su canto: varonil y adusta, Castilla del desdén contra la suerte, hecha al dolor y dispuesta a la muerte, por ello, Castilla inmortal y de la muerte.

*¡Castilla varonil, adusta tierra,  
 Castilla del desdén contra la suerte,  
 Castilla del dolor y de la guerra,  
 tierra inmortal, Castilla de la muerte!*

El tono heroico queda suspendido en el poema. La exaltación épica y ascética da lugar a un paisaje remansado en una tarde, en aquella hora en que el campo huía del sol y aparecía la hermosa luna amada del poeta. Machado está en esa tarde que anochece, bajo el cárdeno

cielo violeta en el que aparece alguna estrella fulgurante y el aire ya frío, oreaba sus sienas y acercaba el murmullo del agua hasta su oído:

*Entre cerros de plomo y de ceniza  
manchados de roídos encinares  
y entre calvas roquedas de ceniza,  
iba a embestir los ocho tajamares  
del puente el padre río,  
que surca de Castilla el yermo frío.*

El poeta está ahora en el tiempo, su palabra poética se llena de verbos que traducen temporalidad: Oh Duero, tu agua corre/ y correrá mientras las nieves blancas...

El canto al Duero y su fluir perenne, de gran belleza, lleva al poeta a su relación con la muerte, no ya como la gran realidad que el alma heroica no teme, sino, como el fluir del tiempo que lleva inexorablemente al fin que es muerte o eternidad, y abre la desolada interrogante del poeta sobre el destino de España:

*¿Y el viejo romancero  
fue el sueño de un juglar y junto a tu orilla?  
¿acaso como tú y por siempre Duero,  
irá corriendo hacia la mar, Castilla?*

El breve poema CIV dedicado al Guadarrama, inicia la expresión de entrañamiento que el poeta tiene con el paisaje castellano.

Desde el camino de Balsaín, Machado contempla desde lejos al Guadarrama. Lo llama "viejo amigo"; se dirige a él; son las sierras de sus tardes madrileñas vistas tantas veces en el azul pintadas; es un reencuentro en el camino, con la imagen amada.

Pero el paisaje no es motivo ahora, sólo de contemplación y del fervor con que siempre canta sus líneas agrias y el azul del cielo, sino, el poeta se entraña en él:

*Por tus barrancos hondos  
y por tus cumbres agrias,  
mil Guadarramas y mil soles vienen,  
cabalgando conmigo, a tus entrañas.*

Machado se funde en el paisaje; supera la contemplación y la vivencia, y se hace uno con el paisaje amado, en unión mística de amor y poesía. El motivo del entrañamiento del poeta con el paisaje de las tierras altas de Soria y el Duero, alcanza su más honda dimensión, en el poema CXIII, *Campos de Soria*, pieza capital de *Campos de Castilla*.

Inicia la composición con la descripción del paisaje de las tierras que rodean a Soria, levantando el escenario en que pondrá a la ciudad amada y sagrada para él.

La descripción de la tierra de Soria "árida y fría", es sin atenuantes que dulcifiquen su rigor, pero por sus/colinas y sierras calvas/verdes pradillos, cerros cenicientos,/ la primavera pasa.

Nuevamente es primavera en Soria y el poeta la insinúa con las humildes creaturas de sus paisajes sorianos en primavera.

*La primavera pasa  
dejando entre las hierbas olorosas  
sus diminutas margaritas blancas*

.....  
*Y en las quebras de valles y barrancos  
 blanquean los zarzales florecidos  
 y brotan las violetas perfumadas.*

El poeta da un largo rodeo por el paisaje primaveral, el del otoño y el invernal, que se cierra con los motivos tan delicados y puros, el azul, el blanco, las sencillas margaritas, que iluminan la transparencia de sus versos.

*en los días azules y dorados,  
 cuando crecen las blancas margaritas.*

Luego, el poema se aparta del paisaje y estalla en un verso que contiene a Soria:

*Soria fría, Soria pura  
 cabeza de Extremadura  
 .....  
 Soria, ciudad castellana  
 ¡tan bella! bajo la luna.*

que no obstante, la ruina descrita de la “muerta ciudad de señores”, no ahogan su belleza trascendida, que en los dos breves versos, exalta una Soria mística y guerrera que se contiene toda entera, en su ser de “ciudad castellana”.

El paisaje que Machado retoma en su poetización es de una belleza suprema. Su paleta se enriquece de colores, su palabra se endurece en desnudas formas: ¡Colinas plateadas/ grises alcores, cárdenas roquedas!/, y vuelve incesantemente a cantar al Duero, inseparable de la majestad de las tierras altas de Soria y a cantarlo en toda la dimensión de gran imagen heroica:

*Por donde traza el Duero  
 su curva de ballesta  
 en torno a Soria...*

El colorido anterior, da paso a los /oscuros encinares/ ariscos pedregales, calvas sierras/, cuya dureza es suavizada por los/caminos blancos y álamos del río/, que en una síntesis poética magnífica, se esencializan en:

*Soria, mística y guerrera*

El poema se abre a la emoción lírica del poeta que derrama su tristeza y amor.

.....  
*hoy siento por vosotros, en el fondo  
 del corazón, tristeza,  
 tristeza que es amor! ¡Campos de Soria  
 donde parece que las rocas sueñan,  
 conmigo vais! ¡Colinas plateadas,  
 grises alcores, cárdenas roquedas!...*

La estrofa contiene la quieta tristeza y amor por la tierra en la que Machado se siente entrañado, “¡conmigo vais!”, su corazón la lleva. Quietud, serenidad, nunca angustia ni tragedia, es el tono que domina siempre el impulso expresivo de sus sentimientos, que se celan pudorosamente.

Pero junto a la emoción lírica, surge un verso de belleza y significación excepcional, con el que una vez más, esencializa el alma de Soria.

*... Campos de Soria  
donde parece que las rocas sueñan,*

Eleva en su magnífica imagen, la realidad concreta hacia una dimensión desrealizada, espiritual, trascendida; las rocas, las tierras, las calvas sierras, se han desmaterializado y se hacen alma pura.

Los motivos poéticos de Machado, el camino blanco, los álamos del camino, los chopos del río, el Duero, encuentran en las estrofas de la VII a la IX, una culminación sinfónica, en la poesía de sus imágenes, en los motivos animados de lirismo, en la emoción que conmueve, en el paisaje que entra en el alma del poeta:

*¡Oh!. Sí, conmigo vais, campos de Soria  
tardes tranquilas, montes de violeta  
alamedas del río, verde sueño  
del suelo gris y de la parda tierra,  
agria melancolía  
de la ciudad decrepita,  
me habéis llegado al alma,  
¿o acaso estabais en el fondo de ella?*

El amor por Soria y los campos que la rodean, no es el hallazgo de algo que estuvo fuera de su alma y se descubre ahora, como tesoro inagotable de amor y poesía, sino, es el reencuentro con algo que estuvo siempre en el fondo de su ser y que finalmente llega a él y se devela en la imagen que lo contiene: lo adusto y señorial de la ciudad, la desnudez de su paisaje, la belleza transparente del azul de su cielo, es lo señorial y desnudo de quien siempre, como el poeta, está "ligero de equipaje,/ casi desnudo, como los hijos de la mar".

El poema contiene algunos de los versos más bellos creados por Machado y por la poesía universal, en el que canta en exaltado lirismo, el reencuentro de su alma esencial con el alma esencial de Castilla, contenida en Soria y las tierras "en donde parece que las rocas sueñan".

En el poema *Palacio, buen amigo CXXVI*, Machado evoca las tierras de Soria desde Baeza.

Es primavera en Andalucía, y el poeta pregunta por la primavera soriana.

*¿está la primavera  
vistiendo ya las ramas de los chopos  
del río y los caminos?*

El poema desenvuelve, en una serie de preguntas entrelazadas en sutiles encabalgamientos, la visión del paisaje primaveral de Soria; preguntas que son afirmaciones a medias, pues el poeta conoce las tierras de Soria en primavera, y afirmaciones que son semi preguntas, pues el poeta está lejos de esa tierra.

*¿Hay zarzas florecidas  
entre las grises peñas,  
y blancas margaritas  
entre la fina hierba?  
.....  
¿Hay ciruelos en flor? ¿quedan violetas?*



La ambigüedad del juego poético, de intensa belleza, de melancólica evocación, crean una continuidad del tiempo pasado y del lugar lejano, con el presente. A través del paisaje, por el que se pregunta y a la vez afirma, trae al presente a Soria en Baeza, y rompe poéticamente, la distancia del lugar evocado y el tiempo pasado, creando un presente triunfal.

El amor por su joven esposa muerta, el esencial encuentro de su alma castellana con el paisaje esencial de Castilla, en una síntesis poderosa, triunfan sobre el tiempo y la distancia, sentimiento que logra expresar en este poema, tal vez, el más absolutamente bello salido de la creación de Machado.

*Palacio, buen amigo,  
¿tienen ya ruiseñores las riberas?  
con los primeros lirios  
y las primeras rosas de los huertos,  
en una tarde azul, sube al Espino,  
al alto Espino donde está su tierra...*

Antonio Machado está indisolublemente y para siempre, unido a las tierras de Soria y el Duero y la intensidad de su sentimiento castellano se expresa ahora, en un sentimiento de extrañamiento de su tierra andaluza.

Su identificación con las tierras del Duero, hace que su alma se reconozca en ellas más que en su Andalucía natal.

*En estos campos de la tierra mía  
y extranjero en los campos de mi tierra  
yo tuve patria, donde corre el Duero  
por entre grises peñas.*

En el camino desde Lora del Río, Machado contempla el paisaje luminoso y azul de huertos y limoneros amarillos, evoca su infancia y se siente ausente de su tierra, vacía del amor y dolor que llenó su vida intensa y reciente en las otras tierras en que “tuvo patria”, y ya no puede cantar:

*En estos campos de mi Andalucía,  
¡oh, tierra en que nací!, cantar quisiera  
.....  
mas falta el hilo que el recuerdo anuda  
al corazón, el ancla en su ribera,  
o estas memorias no son alma...*

En numerosos poemas, Machado evoca a Soria desde Andalucía. El tono melancólico y desgajado de su tronco, es el tono unitario de todos ellos. La persistencia en su alma y ojos, como una realidad viva y próxima desde la lejanía, logra romper poéticamente la distancia y el tiempo, entre el lugar y el pasado.

El poema CXVI es un adiós a Soria. Desde Andalucía, Machado evoca las tierras del Duero en una síntesis final de todos los motivos del paisaje cantados en sus poemas de *Campos de Castilla*: “los chopos de los márgenes del río”, “las verdes hojas del olmo aquel del Duero”, un zarzal en flor, “montañas, serrijones lomazos, parameras”. Es una larga enumeración impregnada de melancolía; pareciera que el poeta hace desde el recuerdo, un registro de los motivos del paisaje amado para asegurarse contra el olvido.

El poeta se despide de las tierras de Soria, a las que ya no volverá nunca.

*¡Adiós, tierra de Soria; adiós al alto llano  
cercado de colinas y crestas militares,  
alcores y roquedas del yermo castellano,  
fantasmas de robledos y sombras de encinares!*

*En la desesperanza y en la melancolía  
De tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.*

El adiós encierra toda la melancolía del corazón herido de Machado, y en los dos versos finales, culmina la síntesis poética y amorosa por las tierras de Soria que contienen sus dos grandes amores, España y Leonor.

*Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,  
Por los floridos valles mi corazón te lleva.*

Distante doce años de *Campos de Castilla*, en las *Canciones de tierras altas, de Nuevas Canciones* (1917-1930), Machado hecha a volar los sonos de una canción, el mayor homenaje posible que podía rendirle a Soria y a las tierras donde las rocas sueñan: el olvido de su propia patria natal, por las tierras en que tuvo patria "donde corre el Duero":

*¡Cuántas veces me borraste,  
tierra de ceniza,  
estos limonares verdes  
con sombra de tus encinas!*

---

#### **BIBLIOGRAFÍA**

Machado, Antonio (1998): *Poesías Completas*. Editorial Losada, Buenos Aires.